



1.

---

**El paro de paros en  
Colombia: estallidos plurales  
y disputas en común**



# El paro de paros en Colombia: estallidos plurales y disputas en común

Por Marta Saade Granados\*, Carlos Alberto Benavides Mora\*\*

DOI: <https://doi.org/10.54118/controver.vi218.1247>

*Resumen:* en este texto nos proponemos comprender los estallidos plurales y las disputas hacia lo común que constituyeron al Paro Nacional en Colombia, en el contexto que lo articula con el proceso de paz y la pandemia. Al efecto realizamos una descripción etnográfica de distintos episodios y repertorios regionales y de la diversidad de dinámicas que en él se expresaron; exploramos las relaciones entre lo común y lo público en lo que hemos denominado “paro de paros”, como posible acontecimiento producido por las luchas sociales en el país durante la última década.

*Palabras clave:* paro, paz, pandemia, Colombia, lucha social, configuraciones del común.

## The Strike of Strikes in Colombia: Plural Outbursts and Common Disputes

*Abstract:* The text aims to understand the plural outbreaks and disputes towards the common that constitute the National Strike in Colombia in the context that articulates it with the peace process and the pandemic. This article proposes an ethnographic description of different episodes and regional repertoires and search for the diversity of dynamics that were expressed in them. The text explores the relationships between the common and the public in the “strike of strikes”, as a possible event produced by the social struggles in Colombia during the last decade.

*Keywords:* national strike, peace, pandemic, Colombia, social struggle, common configurations.

\* Antropóloga, doctora en historia y etnohistoria, profesora y coordinadora de investigación de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Externado de Colombia. Se dedica a la antropología pública, al estudio de Estados-nacionales, el racismo y la exclusión. Correo electrónico: [marta.saade@uexternado.edu.co](mailto:marta.saade@uexternado.edu.co)

\*\* Doctor en estudios antropológicos, profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad Externado de Colombia. Estudia los procesos de configuración regional y de lucha social, así como las construcciones de interculturalidad y paz. Correo electrónico: [carlos.benavides@uexternado.edu.co](mailto:carlos.benavides@uexternado.edu.co)

*Cómo citar este artículo:* Saade Granados, Marta y Benavidez Mora, Carlos Alberto (2022). El paro de paros en Colombia: estallidos plurales y disputas en común. *Revista Controversia*, (218), 15-52.

*Fecha de recepción:* 31 de julio de 2021

*Fecha de aprobación:* 10 de noviembre de 2021

## Introducción

Después del paro de 2019, cuando se declaró la epidemia de COVID-19, propusimos la tríada paro-paz-pandemia como ligazón para comprender urgencias y densidades del momento que parecía abrirse como novedad (Benavides y Attanasova, 2020). En el 2021 el paro logró crecer en capacidades y redes. La paz, ante la amenaza de hacerla “trizas”, fue exigida en las movilizaciones, a la vez que se denunciaban los asesinatos de líderes, lideresas y gentes desmovilizadas, así como el reiterado anuncio de volver a la fumigación de cultivos de coca. Mientras tanto, la pandemia siguió su curso y avanzó de pico en pico, advirtiendo su ascenso ante las nuevas cepas y la negativa de algunas personas a vacunarse.

Nos contextualizamos en esta trama para proponer una lectura de conjunto sobre las luchas que constituyeron el Paro Nacional del 2021 en Colombia, en la clave paradójica entre los estallidos caracterizados por su simultaneidad y pluralidad, y las convergencias que articulan nodos o motivaciones compartidas que intuyen disputas en común. Esta propuesta comprensiva aborda la discusión que deambula entre el cruce de caminos y redes sobre el carácter político del Paro Nacional, buscando una mirada etnográfica sobre lo que logramos experimentar y registrar de lo dicho, caminado, pintado y andado en estas movilizaciones, desde los registros directos de los autores y algunas conversaciones con literatura al respecto.

## 1. Paro-paz-pandemia al ritmo de la desigualdad

La pandemia de COVID-19 se ha tomado la escena como evidencia de la profundidad y extensión de conexiones globales, hasta dibujar una doble geografía mundial que desglosa el comportamiento de la transmisión del virus y las trazas simultáneas de los estallidos de protesta social en distintas latitudes. En las luchas sociales de los últimos años se hicieron visibles hilos que conectan los “chalecos amarillos” que emergieron en Francia en el 2018 con Hong Kong, con las ciudades del sur de EE. UU., la resistencia en Palestina, la primera línea en Chile, las movilizaciones en Bolivia y en Ecuador, y en cierta forma en nuestro país con aquella frase que circuló por redes: “Resiste como Palestina, Lucha como Colombia”.

Figura 1. Captura de pantalla de redes sociales.



Tales ritmos compartidos son expresión de lo que significa la circulación del capital con su concomitante acumulación de beneficios, producción y reproducción de la desigualdad. Una desigualdad persistente, que lejos de angostarse, se ensanchó y se tornó en protagonista de escenas mundiales. En el contexto actual esta se ha concretado en el acaparamiento de vacunas —el 70 % en los países ricos y el 30 % en los demás— y en las políticas públicas que, en muy pocos países, lograron democratizar el acceso a la salud, mientras en otros, como el nuestro,

vimos cómo el coronavirus, que inició infectando a personas de los sectores más altos por ser quienes tienen el privilegio de “conectarse” con el mundo, se quedó concentrado en aquellos que permanecen “desconectados”, “desiguales” y continúa tomando la vida de los “diferentes” (García Canclini, 2004).

La pobreza en Colombia pasó del 35,7 % en el 2019 al 42,5 % en el 2020. Según el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE), en apenas un año ascendió 6,8 puntos porcentuales, situación agravada por la pobreza extrema que ya afecta al 15,1 % del total nacional. Más allá de cualquier discusión técnica, la cifra evidencia una realidad de profunda desigualdad, en la cual no sorprende que Quibdó, Riohacha, Santa Marta, Cúcuta y Valledupar aparezcan como las ciudades con mayor incidencia de pobreza monetaria. En las cabeceras municipales del país el 42,4 % son “pobres” y el 30 % “vulnerables”, en tanto que en los centros poblados y rural disperso lo es el 42,9 % y el 48 % respectivamente (DANE, 2021a; *El Tiempo*, 2021). Esta misma disparidad se observa en los desarrollos de la pandemia, pues según análisis del DANE casi 9 de cada 10 muertes por coronavirus suceden en los estratos 1, 2 y 3 (2021b; *Semana*, 2021).

La desigualdad sigue marcándose y adquiere para el país un nuevo tono, que parece avivar la condición de la pobreza con los contingentes de inmigrantes. Hemos visto en Colombia cómo las corrientes de expulsados haitianos, quienes tras la grave crisis de su país se dirigen al norte por el sur del continente, se suman a las filas de gentes y familias provenientes de Venezuela que se desplazan por una buena parte de nuestras carreteras buscando posibilidades de trabajo y de vida. Unos y otros tratan de abrirse paso en medio de la xenofobia que, desafortunadamente, surge por efecto de las necesidades de nacionales empobrecidos y faltos de trabajo, que encuentran eco en decisiones de administraciones locales y regionales. A ello se adicionan los grupos de desplazados de Itango, de indígenas y afros, de víctimas de la violencia, entre otras comunidades que siguen incrementando los cinturones de miseria en el país

y crean una escena recrudescida de personas extranjeras y nacionales empobrecidas que buscan en la migración posibilidades de existencia.

Entre una imagen y otra se hace aún más evidente cómo la experiencia mundial de la pandemia se ha traducido en Colombia en expresión de sendas interconexiones y desigualdades que han logrado exacerbar impulsos y motivaciones de inconformidad social, y se volvieron altisonantes en las voces y repertorios de lucha expresados desde el Paro Nacional de 2019, como parte del ciclo de luchas que inició entre el 2010 y el 2011, y permiten comprender las formas de protesta del Paro Nacional iniciado el 28 de abril de 2021 (Benavides y Attanasova, 2020). Este paro se produjo como expresión del conjunto de reclamos y reivindicaciones asociadas con el recrudescimiento de la desigualdad, y permitió articular una protesta contundente frente a la propuesta de una reforma tributaria que la agravaba. Tal “enardecimiento” se enlazó con la emergencia de una cultura pública, eco de la demanda ciudadana por la ampliación de la democracia y el reconocimiento de la “pluralidad del mundo” social, parafraseando a Hannah Arendt (2021).

En esta trama específica la paz aparece en el país como concreción de la valoración local y regional sobre la vida y la muerte, así como sobre los sentidos relacionados con la ampliación de la participación política, con el crecimiento y profundización de las expectativas que parecen ir de una vida dedicada a “sobrevivir” a darse la posibilidad inédita de pensar y proyectar “cómo se quiere vivir”. Una implicación se desprende de allí: el ensanchamiento de la participación política como demanda, pero que se torna en emergencia de una cultura pública que comienza a apreciar y valorar las acciones y pronunciamientos en los cuales se vuelve concreto que lo que pasa en Colombia “es conmigo”.

Es posible advertir cómo en Colombia, durante la última década, la paz se convirtió en un campo en disputa en términos no solo de sus contenidos y su implementación, sino en el manto de expectativas sociales para proyectar deseos personales y, sobre todo, una vida en co-

mún. Hay aquí una advertencia para entender la envergadura de esta segunda clave de lectura: esa vida en común no necesariamente deriva de su traducción homogénea en un pliego, sino en su situación como sustrato colectivo de las reivindicaciones y luchas sociales actuales. Es importante demarcar la situación paradójica de la paz respecto al Paro: si bien este es en buena parte producto del incumplimiento en la implementación de los acuerdos de paz, tampoco sería posible en su envergadura, extensión y densidad sin la firma del Acuerdo Final de Paz y sin la experiencia y el ambiente social que lo desarrolló.

De manera literal, el Paro se tomó la escena de la vida nacional asumiendo vitalmente los riesgos de la manifestación en pandemia, abriendo paso a los sentidos de necesidad y urgencia entre las retóricas mediáticas frente a lo acontecido con el termómetro oficial de la COVID-19, y retando el ritmo creciente de la represión, el estigma y el abuso de la fuerza pública.

La tercera clave de lectura que proponemos es la noción de *paro*, que en Colombia alude histórica y míticamente tanto a las movilizaciones del 77 —cuando el país entró en multitudinarias manifestaciones de inconformidad social— como a una suerte de deuda o expectativa entre generaciones posteriores sobre la posibilidad de desarrollar un paro propio de similar contundencia.

Más allá de lo acontecido desde el 19 de noviembre de 2019, lo que ocurre en Colombia no es, en sentido literal, la ampliación de una huelga situada hacia la ciudadanía, sino una variedad de repertorios expresados en ciclos de lucha social. Esa multiplicidad es la que hemos decidido llamar “paro de paros”. Quizá por esto mismo y al calor de los acontecimientos, se ha abandonado esta expresión para iniciar a referir, como en Chile, a una serie de “estallidos sociales”, categoría que podría ser interesante porque puede dar cuenta de cierta espontaneidad y polimorfismo de las expresiones diversas, simultáneas y no necesariamente

conectadas de inconformidad social que se están dando en el continente y en el mundo. Sin embargo, la idea de estallido no logra comprender la urgencia y la necesidad que los motiva; como tampoco el posible trasfondo común que podría producirlos y sobre el cual valdría la pena formular preguntas.

La voz “paro” resulta interesante, con las salvedades delineadas, porque evade la comprensión segmentada de las luchas sociales de distinto tipo y matriz que se han tomado redes sociales, calles y carreteras, ciudades y campos, barrios y veredas del país. Pero al mismo tiempo, se trata de un vocablo que pareciera problemático para la opinión pública que lo usa, para constituir una suerte de “unidad” necesaria para el control político de las manifestaciones sociales. Por un lado, el paro se torna en lugar donde los contendores políticos se disputan los sentidos asociados con este cuerpo de protestas, de tal suerte que pierde cierta eficacia, pero aun así sigue siendo la forma como internacionalmente se presiona al Gobierno, así como la manera de lograr solidaridades, respaldos y legitimidad. Por otro lado, funciona como indicador de lo que significa el peligro de un retorno a un escenario de guerra ampliada y de violencia desatada. Las expresiones sociales que lo alertan evidencian cómo la paz se torna en objetivo trascendente del paro.

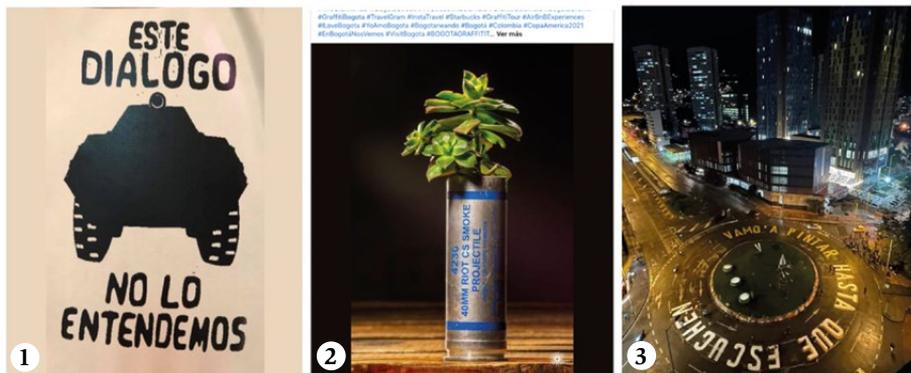
Así las cosas, proponemos comprender el Paro Nacional del 2021 como parte de un ciclo de protestas y luchas de la última década, que resulta clave situar en la trama entre los ánimos y las expectativas de posibilidad que brotan del proceso de firma de los acuerdos de paz, y el recrudescimiento de la desigualdad estructural del país que se ciñe con más fuerza sobre los diferentes y los desconectados. En la tríada paro-paz-pandemia se enlazan las situaciones, contradicciones y deseos constitutivos del posible acontecimiento que queremos delinear, trazando la polifonía y lo común en el Paro Nacional.

## 2. Estallidos en plural: las caras múltiples del “no nos devuelvan a la guerra”

Figura 2. Fotocopia simple entregada en las marchas en Bogotá.

Figura 3. Publicación en redes de Graffiti Bogotá.

Figura 4. Publicación en redes de la intervención realizada en la rotonda de la calle 3 con Av. 19 en Bogotá.



En el Paro Nacional iniciado en abril de 2021, las gentes de campos y ciudades dispusieron sus repertorios históricos en el espacio público, logrando en distintas medidas reflexionar e interpelar a la nación, con un impacto y simpatía insospechados. La encuesta del Centro Nacional de Consultoría mostró que el 73 % de los encuestados estaban de acuerdo con la protesta social, independientemente de las posiciones con respecto a los repertorios de movilización social. Por su parte, la encuesta realizada por la Universidad del Rosario, aplicada a jóvenes entre 18 y 32 años en el mes de mayo en medio de la expresión de una crisis de confianza en las instituciones y en las universidades, arrojó que en el 2019 el 45 % de los encuestados no se movilizaron, mientras el 63 % lo hizo en el 2021 por iniciativa propia (58 %), a través de redes sociales (63 %) y en las calles (53 %). El 91 % dijo protestar en contra del Gobierno nacional, el 87 % por la violencia, el 72 % por razones

personales y el 70 % por asuntos relativos al gobierno local. El 84 % de los encuestados se sintieron representados por el Paro Nacional (Universidad del Rosario, *El Tiempo*, Cifras y Conceptos, 2021).

Aquel nivel de aceptación y apoyo del Paro Nacional es necesario situarlo dentro del ciclo de lucha social en el que ha estado el país durante la última década, en el cual el mundo rural ha tenido un gran protagonismo, convirtiéndose en lugares en los cuales diversas formas de movilización han alcanzado altos niveles de intensidad. Así lo muestran el despliegue de paros de carretera, movilizaciones regionales, tomas y mingas, incluido el Paro Agrario del 2013. Dentro de este, desde el 2011 se volvió a generar una gran capacidad de movilización juvenil y estudiantil promovida por la Mesa Amplia Nacional Estudiantil (MANE), que retomó repertorios urbanos como las ollas comunitarias, plantones, velatones, besatones y batucadas. Así mismo, diferentes acciones colectivas por la paz impactaron a todas las regiones del país, a las cuales se sumaron los paros cívicos de ciudades como Quibdó y Buenaventura.

En uno y otro lugar, entre una lucha y otra, se empezó a sentir la influencia de renovadas lógicas comunicativas, en las cuales las redes, los chats, los tuit y los mensajes en Facebook se tornaron protagonistas. Las redes y las plataformas comunicativas ya no solo permitieron difundir lo que ocurría en calles y carreteras, sino que jugaron un papel de agencia en los procesos de movilización y fueron centrales para ampliar convocatorias, al punto de constituirse en lugares de lucha social. El uso de este tipo de herramientas y plataformas digitales permitió insertar reivindicaciones históricas en marcos, estéticas y gramáticas contemporáneas; ampliar y democratizar hasta cierto punto la información; testificar abusos policiales; y servir como espacio de construcción estética y simbólica. Su poder en los distintos niveles y sentidos las ha convertido en objeto privilegiado de violencias e intentos permanentes de control.

**Figura 5. Imágenes tomadas de la plataforma Zoom en las clases virtuales durante el Paro Nacional de 2021.**



“Qué difícil estudiar mientras matan a mi pueblo”. “Perdón profe pero no tengo cabeza para mi clase. Anoche pude ser yo”. “Para ser el futuro del país, primero debo luchar por él”. “Estoy en clase mientras nos asesinan”. Estas son algunas de las frases con las cuales los estudiantes universitarios recibieron a sus profesores en la plataforma Zoom. Una serie de palabras contundentes acompañadas de manera prioritaria con la bandera de Colombia “patas pa’riba” y en ocasiones bañada en sangre. Las imágenes y palabras plasmadas, quizá ya como símbolos de una generación, volvieron personales aquellas sucesiones de rectángulos en la plataforma con el nombre de quienes antes no se dejaban identificar. La experiencia docente durante el Paro Nacional, más allá de las propias convicciones políticas, fue una puesta en escena del sentido político y ético comprometido con el ejercicio académico. Se exigía que las universidades, sus directivas y docentes respondieran ante el imperativo juvenil, un llamado que fue secundado institucionalmente, quizá de manera inédita, atendiendo la urgencia del momento y de

los sentidos que marcaban la coyuntura nacional con los comunicados individuales y colectivos por parte de distintas rectorías universitarias.

Los campus universitarios, contenidos y despojados de presencias por la pandemia, se desbordaron sobre las calles, las plazas públicas y los parques. “Clase a la calle” se denomina el método que convocó, en un camino de ida y vuelta, a la universidad a la calle y la calle a la universidad. En medio de la producción de estéticas que volvieron la calle en tablero y el libro en ciudad, se provocaron intervenciones públicas y el vocablo “estudiante” se reivindicó y no logró ser herido con la construcción simbólica del “vándalo”. Se produjeron también “aulas abiertas” que alteraron la organización espacio-temporal de las mallas curriculares y los salones limitados de las universidades, para sintonizar contenidos, públicos y estudiantes con los latidos, las preocupaciones y las expectativas de calles, plazas, parques y carreteras. Ellas se articularon con las filas y carnavales de estudiantes en las marchas, movilizándolo a quienes nunca lo habían hecho y a quienes en ocasiones manifestaban que se sentían imposibilitados para “no hacer nada” porque “puedo ser yo el siguiente”.

Los escenarios urbanos fueron tomados por las gentes, los colores, los gestos y las prácticas que pierden su aparente marginalidad, para transmutarse en lenguajes públicos para construir discursos políticos cuya envergadura sí resulta una novedad. Entre ellos hay que destacar el lugar del barrio como territorio de disputa de lo público y de politización ciudadana. Ciudades como Cali, Medellín, Armenia, Pereira, Manizales, Pasto, Valledupar, Cúcuta, Cartagena, Barranquilla o Bogotá, por mencionar solo algunas, dispusieron los circuitos de movimiento urbano como calles y vías, como espacios sacralizados por la acción paradójicamente desacralizadora de la toma popular; plazas, parques, puentes y demás espacios públicos abiertos se tornaron lugares de encuentro, mostrando otra cara de la política de cultura ciudadana que los tendió a normatizar y cerrar a las prácticas ciudadanas y juveniles; pequeñas

calle, pequeñas plazas y barrios extendieron prácticas tradicionales de organización popular y pararon al ritmo del Paro Nacional. También aparecieron las movilizaciones de contraste como las que se realizaron en Barranquilla y Cartagena; las murgas y ritmos de carnaval tan contundentes en Pasto y los aires de feria en Neiva, que encontraron un sitio en el Paro Nacional tras haber sido canceladas en los días de cuarentena decretados por causa de la pandemia. La persistencia de la práctica política en estos lugares logró renombrarlos como insignias de movilización y lucha social: Puerto Resistencia en Cali, Portal Resistencia en las Américas (Bogotá), Puente de la Indignación en Usme o Parque de la Resistencia en Medellín, por ejemplo.

Se pusieron así en escena los repertorios históricos de organización popular que aluden a una historia larga de experiencias que enfrentan necesidades sentidas de las poblaciones, en búsqueda de alternativas autogestionadas que parten de las abundancias comunitarias. Allí aparecieron las bibliotecas populares para quebrar los privilegios de la lectura y la educación; las ollas comunitarias como concreción de una alternativa de alimentación que confronta la exclusividad de la olla del hogar, para ampliarla a la comunidad como responsable de suplir esta necesidad; los trazos y murales que han caracterizado las formas de organización popular y de insumisión; y los distintos comités que atienden las necesidades de salud, cuidado o atención jurídica.

Tales repertorios de organización que se presentan como alternativas frente al Estado y sus definiciones, priorizaciones e ineficiencias, se retomaron en una escala que no habíamos presenciado quizá. Estas formas de organización del común se tomaron lo público, ampliando sus mecanismos de movilización para hacerlos hablar del barrio, la ciudad, la nación y el mundo al mismo tiempo.

Una revisión de prensa y de la propia experiencia etnográfica muestra cómo espacios públicos en los barrios de Cali recuperaron la “olla co-

munitaria” como estrategia para dar alimento a quienes carecían de él, articulando estrategias pedagógicas como formas de recuperación de racionalidades económicas no mediadas por el dinero, que resignifican el intercambio como parte de economías populares. “Dona o truequea tu libro”, decía un letrero colocado en la Loma de la Dignidad, antes Loma de la Cruz, en el Barrio San Cayetano (Comunicaciones Unión de Resistencia de Cali, 2021).

La música continúa constituyéndose en un lenguaje político central para convocar, movilizar, anunciar la toma de la escena pública en las ciudades. Edson Velandia compuso *El infiltrao*, melodía en la cual con guitarra y guacharaca retrata prácticas de manipulación y abuso policial en la escena de las manifestaciones sociales, que hace parte de un grupo de canciones nacidas al calor de la coyuntura nacional en las que figuran *Iván y sus bang bang*, *Su madre patria*, *Todo regalao*, entre otras. En la canción se resignifican arengas de protesta como parte de la musicalidad que llama a la movilización, con aquella estrofa “el que no salte es el infiltrao”, reelaboración a propósito de la voz común en las marchas de “el que no salte es paramilitar” (HJCK, 2021). Así mismo, desde Manizales se convirtieron en una suerte de himno urbano las canciones de Isabel Ramírez Ocampo, conocida como “La muchacha”, cuyas composiciones avivaron el Paro Nacional mientras denunciaba las injusticias cotidianas en los temas de su segundo álbum titulado *Canciones crudas*. Las estrategias musicales habitaron las redes sociales, como ocurrió con el video de tres mujeres jóvenes andando en metro mientras cantan en femenino “violenta se pone el hambre cuando es mucha, no me diga que me quede quieta esto es lucha...” (Infobae, 2021). Otros y otras más bailamos al son de la salsa choque de Los Pum en las marchas de Cali: “El pueblo no se rinde carajo. El pueblo está verraco carajo” (Los Pum, 2021).

Las asambleas y cabildos se retomaron como formas de trascender el estallido del Paro. El 10 y 11 de julio de 2021 se realizó la primera Asam-

blea Popular del movimiento Unión de Resistencias de Cali, compuesto por jóvenes manifestantes de más de diez puntos de movilización en la ciudad (*El Espectador*, 2021). En las mismas ciudades donde se desarrollaron estos diversos repertorios de lucha social también se convocaron espacios de construcción de propuestas programáticas que reflexionan desde lo ocurrido y lo vivido en el Paro, buscan proponer en mesas de negociación e indagan sobre cómo darle continuidad. También se convocó a un Encuentro Nacional por parte de la Coordinadora Nacional de Procesos Sociales, Populares y Comunitarios para el 4 y 5 de septiembre en Popayán (Cauca).

En el caso del campo y de las zonas rurales es significativo, además de lo que se presenta común con las formas de movilización urbanas que han sido enunciadas, la conexión con el Paro Agrario de 2013. Tal vínculo es importante comprenderlo no solo como uno de sus antecedentes más cercanos, sino como parte de un ciclo de movilizaciones por el campo, los campesinos y las campesinas del país. En el 2013 ya se había logrado sensibilizar a las gentes con los problemas del campo como asuntos de su competencia, interés y sensibilidad; juntar a más de 900 municipios en movilización por las causas y reivindicaciones campesinas; y convertir en pliego y en mesa de negociación la inconformidad para reivindicar las vidas de los trabajadores y trabajadoras del campo.

En esta trayectoria se continuaron potenciando las formas de lucha y protesta campesinas. Las vidas veredales en distintos rincones del país se abrieron como espacios para la construcción de reflexiones, reivindicaciones y demandas comunes que vale la pena distinguir.

Por un lado, la motivación y al mismo tiempo requerimiento de justicia y paz frente a la continuación de los asesinatos reiterativos y sistemáticos a líderes y lideresas, acrecentados aún más en la coyuntura del Paro Nacional y que dieron un tono exclamativo a aquel clamor “que no nos devuelvan a la guerra”. Allí aparece con contundencia el reclamo sobre

el cumplimiento de los acuerdos de paz firmados en el 2016, especialmente en las zonas del país que sufrieron la guerra con singular encono, así como la advertencia sobre la amenaza que significa para todas las formas de vida campesinas el reinicio de las fumigaciones

Aunado al anterior se expresó el rechazo a la política del miedo y del terror como estrategia de control político de familias, comunidades y poblaciones enteras, para sostener de múltiples maneras que “ya no tenemos miedo”, como sucedió en el departamento del Chocó, donde campesinos e indígenas se declararon en minga nacional para exigir el cese de la violencia y en contra de la criminalización de la protesta.

Desde las prácticas de movilización se planteó también la urgencia de vínculo entre el campo y la ciudad que reivindica el carácter integrado y central de la actividad campesina para el desarrollo de la nación. Este ha sido el telón de fondo que permite comprender la violencia y discriminación soterradas en afirmaciones realizadas desde élites urbanas durante las movilizaciones, como “que se regresen a sus casas”, “que se devuelvan a sus resguardos”, ante la incapacidad de escuchar las interpelaciones y necesidades de quienes nos proveen la seguridad alimentaria y ambiental. Lejos de cualquier error episódico, estas afirmaciones reiteran la sentencia histórica que a confinado las vidas campesinas a una relación de extranjería con los centros urbanos.

Quizá sean los asuntos relacionados con el incumplimiento e inexistencia de garantías para la implementación de los acuerdos de paz, donde convergen con mucha claridad los procesos de movilización social en la ruralidad colombiana. En un ejercicio de acupuntura sucinto es posible, al menos, dar cuenta de una cartografía del Paro Nacional en este sentido, que articula la denuncia de la violencia, las exigencias frente al asesinato de líderes y lideresas sociales, con la denuncia del despojo y el acaparamiento de tierras.

Fue así en el nordeste antioqueño, concretamente en Anorí, donde campesinos y mineros se concentraron desde el 25 de abril de 2021 en la cabecera municipal para exigir la sustitución integral de cultivos de uso ilícito. Igual ocurrió en el Putumayo, en los municipios de Puerto Asís, Mocoa, Orito, Valle de Guamuez, San Miguel, Villa Garzón y Puerto Guzmán, donde campesinos, indígenas, maestros, estudiantes y comerciantes manifestaron, además, su preocupación ante el posible retorno de las fumigaciones. A ellos se sumaron las demandas de cumplimiento de los acuerdos por parte de la población del nororiente del país, agrupados en la Asociación Campesina del Catatumbo y la Coordinadora de Cultivadores de Coca, Marihuana y Amapola con el pueblo Barí, enfatizando en el desarrollo de los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET). También en Caquetá, en Pitalito (Huila) y Guaviare hubo protestas por la inexistencia de garantías para la implementación del Acuerdo de Paz. Lo mismo se afirmó al unísono en los puntos del paro en Cauca y Nariño, en el suroccidente del país, y en las movilizaciones campesinas en los departamentos de Meta, Arauca y La Guajira.

También se escucharon las voces que se pronunciaron activamente sobre las formas de producción centrales para la reproducción de las economías campesinas en cada contexto regional. De esto hizo parte Anorí, donde campesinos y campesinas demandaron avanzar en la legalización de la minería artesanal, mientras en departamentos como Caquetá, Meta y Guaviare las protestas se dieron frente al despojo de tierras y los monocultivos que amenazan la vida en el campo.

La discontinuidad, que podría derivarse del contraste entre las manifestaciones sociales identificadas, muestra, a la vez, cómo la lucha está en relación con las configuraciones regionales que se están produciendo en el país. La potencia de lo regional no fue algo inédito de este Paro, pues desde mediados de los años 1990 es posible documentar luchas sociales que, como parte de sus repertorios, demandaban la proximidad de lugar y sus correspondientes articulaciones dentro de configuracio-

nes regionales. Con este mismo carácter asumieron aspiraciones históricas representadas en prácticas culturales y productivas, ordenamientos territoriales y procesos políticos. En trabajos anteriores hemos resalta-  
do cómo el Magdalena Medio, el suroccidente colombiano, el oriente fronterizo, la dinámica central de la cordillera Central, el piedemonte amazónico y los flujos de sus cuencas, entre otros, se delinean como configuraciones regionales que se expresan en las luchas sociales con cierta contundencia (Benavides, 2015).

En el ciclo actual de lucha la disputa de los sentidos y contenidos de las vitalidades regionales se expresa de distintas formas. Es posible advertirla en los llamados a los encuentros regionales, en el tipo de reivindicaciones que se expresan en los puntos de manifestación, así como en la denuncia de los esfuerzos por imponer la guerra sobre la posibilidad de los acuerdos de paz. En este último sentido las movilizaciones del Catatumbo, del piedemonte pacífico en Nariño y del Bajo Cauca son expresión simultánea de aquello que las liga como problemática nacional y que a la vez las distingue como potencia de configuración regional.

La expresión “paro de paros” no es solo un juego retórico para comprender la diversidad de expresiones y repertorios políticos, también responde a la necesidad de situar la discontinuidad, simultaneidad y no correspondencia de los episodios que expresan distintos ritmos y escalas en la movilización. Así, se vuelven visibles los distintos lugares de lucha y sus disposiciones.

El paro de camioneros en Buenaventura y otros lugares de tránsito claves como el tramo de La Línea son ejemplo de tales discontinuidades, pues muestran la capacidad del sector para interrumpir el tránsito y realizar negociaciones sectoriales, aunque no sean necesariamente empáticas con las otras reivindicaciones, generando incluso escenarios de negociación no visibles, sin olvidar que en el gobierno de Juan Manuel Santos este sector también mostró una capacidad similar.

Al final del paro camionero en Buenaventura se evidenciaron las paradojas en el problema del abastecimiento, conector fundamental entre las urgencias del campo y la ciudad, cuando se dio como noticia que por fin tractomulas llenas con los contenidos de contenedores parqueados en el Puerto de Buenaventura podían dirigirse al interior del país. Entre los cargamentos se destacó que entre las primeras tractomulas que saldrían estarían las que transportaban maíz, frijol y otros alimentos. A renglón seguido se señaló que era justo para evitar el desabastecimiento que supuestamente generaba el paro. Y allí nos encontramos con otra de las tantas paradojas y contradicciones de estos tiempos: hace 30 años nos abastecíamos de la producción agraria nacional, en su mayoría producto del trabajo de nuestros campesinos, hoy en Colombia se importan cerca de 12 millones de toneladas de alimentos. Esta situación motivó otra de las increpaciones escuchadas en las asambleas del Paro, en las cuales se explicitó que quien ha bloqueado realmente la producción nacional, y con ello afectado el abastecimiento, es el neoliberalismo.

A su vez, esto está relacionado con el derecho a la ciudad y con la necesidad de alimentación. Las encuestas del DANE establecen indicadores de desigualdad, con algunos de los cuales hemos iniciado este texto, solo para recordar aquel dramático 42 % de colombianos que viven en situación de pobreza y de los cuales las más afectadas son las mujeres. Allí se comprenden situaciones que generan muchos de los argumentos de lucha social expresados en este Paro. En esa misma línea de indicadores se señala que por lo menos 2,6 millones de familias, aproximadamente 12 millones de habitantes, padecen hambre.

### **3. Cuando lo común fortalece lo público: “Dejar de sobrevivir para vivir”**

En los apartes anteriores hemos realizado un esfuerzo por sintetizar las polifonías, los métodos divergentes, la multiplicidad de paros que

constituyen el Paro Nacional. En pos de ello, hemos mencionado de manera breve geografías distintas, voces discontinuas, diferentes escalas de participación, y formas de manifestación también heterogéneas y simultáneas. Todo esto con la intención de asegurarnos de no confundir el carácter nacional del Paro con excesos de uniformidad, coherencia o triunfalismo, por lo cual es posible aseverar que en el paro de paros convivieron, en situaciones de conflicto y paradoja, formas orgánicas de participación con experiencias distintas de organización social comunitaria y artística, con las convocatorias por redes, con manifestaciones de espontaneidad y con organizaciones constituidas como sindicatos y otras formas de organización social institucionalizadas. Pero más que enfatizar en una suerte de tipología, difícil a nuestro juicio de realizar y quizá un tanto estéril, resulta posible preguntarle a esta pluralidad por la existencia de improntas en común (Helfrich y Bollier, 2020).

En el paro de paros se manifestaron persistencias, limitaciones e inconstancias en las cuales se muestran motivaciones comunes, que advierten disputas de las que emergen prácticas y símbolos reiterados. Creemos que en ellos se expresan virajes que podrían remitir a la producción de un “acontecimiento” en el sentido propuesto por Žižek: “Un acontecimiento no es algo que ocurre en el mundo, sino un cambio del planteamiento a través del cual percibimos el mundo y nos relacionamos con él” (2018, pp. 23-24). Este posible acontecimiento tiene que ver con el anudamiento, en términos de Tin Ingold, entre lo común y lo público en relación con la lucha por la vida, en sus distintas escalas y temporalidades; con el “cómo las fuerzas opuestas en tensión y fricción —entendiéndose como cuando uno tira firme— son generadoras de nuevas formas” (2018, p. 40).

## Los presentes de la historia

Dos repertorios concretan la apelación a las continuidades históricas para denunciar patrones de violencias, omisiones, exclusiones y despo-

jos. Ellas se articulan con los esfuerzos por inscribir el presente en circuitos históricos: “Somos noticia, pero no pararemos hasta que seamos historia”, rezaba uno de los carteles que circuló en las movilizaciones.

**Figura 6. Imagen tomada de las redes.**



*Banderas patas pa'riba.* En el ciclo de protestas que hemos caracterizado, el país, representado en la tricolor y los juegos simbólicos a su alrededor, aparece como articulación de disputas por lo común. El uso de la bandera, uno de los símbolos patrios, se fue transformando y poniendo en tensión acorde con la situación del país. Su uso representa desde las simpatías por parte del uribismo hasta su rechazo por ciertas colectividades en movilización que no se ven interpeladas por ella, pasando por su utilización más reciente para contrastar los proyectos que han hecho del país un campo de despojo a favor de unos pocos. El tricolor ya había aparecido con persistencia y cierto protagonismo en marchas, simbolizando las búsquedas hacia lo común en medio de las paradojas presentes. Durante el Paro Nacional la bandera invertida circuló por redes, marchas y muros para denotar con ello el carácter holístico de los problemas y las disputas, y para señalar que el país está al revés, con el “rojo” de la sangre y la violencia arriba, manchando el azul y amarillo que simbolizan sus mares y riquezas.

El uso generalizado de la bandera de Colombia invertida podría entenderse como concreción simbólica del posible acontecimiento que se está desatando a partir de la trama que intentamos comprender como paz, paro, pandemia; de que el país está patas pa´arriba; de que en uno u otro lugar, en una u otra localidad o vereda, se debate la política nacional y se formulan propuestas frente al orden instituido en la escala nacional, haciendo manifiesto que las prácticas, nociones, discursos y estéticas desplegadas desde lo local no limitan en sí mismas su dimensión política al lugar donde se producen. Por esto el carácter de Paro Nacional ya no solo se debe a la verificación de paros realizados en buena parte de los rincones del país —aún en los más insospechados—, sino a la persistencia de reivindicaciones y luchas que ponen en cuestión los sentidos instituidos de la nación.

Estamos haciendo las cosas mal con la paz, reanudando la guerra; estamos obrando al revés con los impuestos, proponiendo leyes para vulnerar aún más a los sectores medios y a los más necesitados, como lo recalcó el leitmotiv de las manifestaciones del 2021 con respecto a la reforma tributaria que fue finalmente retirada; estamos más empobrecidos que nunca por la pandemia y aún quieren que paguemos más. Las banderas patas pa´arriba denuncian una política de Gobierno inadecuada porque está en contravía del sentido común de las generaciones cuyos deseos sobrepasan la sobrevivencia, pues ya no basta con luchar por permanecer vivo.

*Estatuas caídas y ausencias altisonantes.* Este es el segundo repertorio que ha puesto en el centro la conciencia histórica, sus relatos, sus referentes simbólicos y a sus protagonistas. Indígenas Misak, el 16 de septiembre de 2020 derrumbaron la estatua de Sebastián de Belalcázar ubicada en el morro de Tulcán (Popayán) y el 28 abril de 2021 la que estaba en un cerro del barrio La Arboleda de Cali; el 1 mayo cayó la estatua de Gilberto Alzate Avendaño, político conservador, en el marco de las protestas en Manizales; ese mismo día, en Pasto, los manifestantes

derribaron la estatua de Antonio Nariño, precursor de la Independencia de Colombia. El 7 de mayo la escena se trasladó a Bogotá, donde cayó la estatua de Jiménez de Quesada, considerado el fundador de la ciudad, acto que desencadenó otros más que continúan interpelando desde la acción iconoclasta la cotidianidad del centro de la capital del país en una de sus avenidas más importantes, como lo describió Saade unos días después de ocurrido el hecho:

**Figura 7. Pedestal vacío de la estatua de Gonzalo Jiménez de Quesada. Fotografía de los autores.**



**Figura 8. Fotografía subida a las redes por las autoridades Misak.**



Desde la mañana del 12 de mayo, la Avenida Jiménez que hace homenaje desde su nombre a la fundación de Bogotá (...), [es poblada] por estudiantes universitarios, miembros del pueblo Misak, docentes, gentes

interesadas en lo que ha pasado con la estatua caída. Luego de horas de trazos con los colores de la bandera Misak, en medio pasa una escalera por entre la muchedumbre para cambiar físicamente el nombre de esta calle articuladora del centro de la ciudad. Desde entonces se le nombra Avenida Misak. Una impronta iniciada en la corta duración, días antes cuando a la madrugada un grupo de representantes de un mandato colectivo del Movimiento de Mujeres, del Movimiento de Autoridades Indígenas del Suroccidente, la anudan para tumbarla. Fue tal la conciencia de la acción pública, que ellos mismos grabaron el acto e *in situ* y como parte de su acción explicaron los motivos, las razones de su pueblo y de su organización, de las generaciones y ancestros, de los de adelante y de los de atrás: “Aquí yace un genocida”, “viva la minga indígena”; “no sólo estatuas caerán”; “así debe caer la corrupción”. (2021, párrs. 1-5).

**Figuras 9 y 10. Imágenes de la jornada del 12 de mayo, Avenida Jiménez, Bogotá. Fotografías tomadas por los autores.**



Unos días después el monumento de Isabel “la Católica” y de Cristóbal Colón, que daban la bienvenida a la ciudad por la entrada de la avenida El Dorado (calle 26) desde el aeropuerto internacional, estuvieron a punto de ser tumbadas por autoridades y representantes del pueblo Misak. Días después serían retiradas por la Administración Distrital y hoy sus pedestales se exhiben vacíos. Así vimos caer monumentos o

fuimos testigos de estos intentos, mientras otros fueron intervenidos para resignificarlos. Los monumentos reivindicados desde las luchas del presente, también se tomaron la escena en el Paro Nacional. Una tarde de mayo, durante las jornadas del Paro, mientras el sol caía sobre la Avenida Jiménez en Bogotá, la emblemática estatua de Policarpa Savarrieta “la Pola”, erigida en honor a la heroína de la Independencia, reunió en “clase a la calle” a estudiantes y docentes universitarios. Poco a poco, la estatua se tornó en palimpsesto de epítetos: “Vándala, mujer, india, negra, prostituta, lesbiana...”, mientras en el cuello sostenía sendos letreros y se constituía en centro de reivindicaciones y luchas feministas, tema sobre el cual había ocurrido la clase (Saade, Diario de campo, mayo 2021).

**Figuras 11 y 12. Estatuas de Isabel “la Católica” y Cristóbal Colón intervenidas con pintura roja. Monumento a los Reyes Católicos, calle 26, Bogotá, junio 2021.**



**Figuras 13 y 14. Intervención a la estatua de “la Pola”,  
Bogotá, mayo 2021. Fotografías de los autores.**



La relación insumisa con los íconos contenidos en el arte monumental de estatuas y pedestales individuales permite a estas colectividades, pueblos, comunidades y organizaciones sociales tomarse el espacio público para subvertir los órdenes instituidos en términos de las relaciones de dominación de lo urbano sobre lo rural, de los varones conquistadores sobre las mujeres nativas, de los colonizadores sobre las comunidades y pueblos, de quienes han saqueado y despojado. Sobre ellos se erigen símbolos femeninos y colectivos que, como sucede también con el monumental puño en alto que se hace a múltiples manos y a todo color en el Resiste de Cali, reivindican el trabajo colectivo y proponen una estética de palimpsesto y entreveres más cerca de la olla comunitaria. Esta relación insumisa que se vuelve propuesta pública desde la vida que se reivindica en lo común, se torna ella misma en

lugar fértil para disputar la persistente impunidad y buscar la necesaria reparación histórica.

En otras intervenciones hemos argumentado cómo este tipo de repertorios tienen que ver con discusiones sobre los contenidos de la historia nacional en relación con reivindicaciones colectivas que enfrentan el racismo y la desigualdad. También son reacciones generacionales frente a las políticas del odio y el miedo, que comunican ciudades y ruralidades, y son concreción de las interpelaciones generales realizadas desde las localidades (Saade, 2021). De tal suerte, la historia se interpela porque es un lugar para inscribir las luchas del presente en una trama que articula las reivindicaciones de la dignidad femenina en contra del abuso y el maltrato, con la lucha en contra de la impunidad que se pronuncia ante la necesidad de nombrar a quienes han producido las acciones de guerra y que clama por justicia, así como demanda ciudadanías diversas en el marco de las luchas del país.

## **Colombia diversa y sin miedo**

A la centralidad de la disputa por la historia y sus conexiones se articula la formulación del país que se desea y se proyecta, con dos sentidos distinguibles a los cuales se articulan otros más que deberán ser objeto de otras aproximaciones. Los que hemos detectado remiten a los dolores e indignaciones comunes frente a las saturaciones de violencia y miedo; frente a las promesas incumplidas y los sueños derrotados de generaciones, que pueden sintetizarse quizá en las nociones que nombran al país como Colombia antiuribista y en las nominaciones de la Colombia en plural.

La Colombia en plural se nombra durante el paro de paros en multitud. Somos muchos, muchas, distintos y divergentes. Se expresa en pluralidad de formas de manifestarse, multiplicidad de sujetos que nombran su propia agencia dentro del Paro y a través suyo, se sitúan como par-

tes constitutivas en lucha dentro de la nación. Las diversidades se tornan visibles en presencias diferenciables que buscan ser distinguidas; en presencias que confrontan los sentidos comunes de una sociedad regulada desde la homogeneización moralizante que excluye, borra y olvida; así como en lenguajes que atestiguan las experiencias concretas de la exclusión, las cuales en el clamor del Paro confrontan prejuicios, los nombran, se vuelven exclamativas y radicales en el enardecimiento de las movilizaciones. Las personas y colectivos se posicionan en los asuntos del país desde la diversidad sexual y de género, se organizan primeras líneas de mamás y mujeres, y los paseos se convierten en espacios de formación —como sucedió en el Parkway, en Bogotá, que se ha erigido en un hito de encuentros y manifestaciones en el ciclo de protestas del que hablamos—. La percepción de un paro constituido por una reivindicación y agencia de las diversidades y formas de vida que se expresan en lo que parafraseando a Tarrow (1997) podemos llamar “el poder de ciudadanías en movimiento”, proviene de momentos como el que citamos a continuación:

En el ya emblemático punto de Los Héroes en Bogotá, mientras el puente peatonal que atraviesa el monumento a Bolívar y a los héroes de la Independencia, está lleno de gentes y de mantas que descuelgan de sus barandas, se logran distinguir entre las multitudes los malabares, las bolas de fuego que buscan lugar entre pelotas y aros, y por allí se atraviesan los carteles de todos los colores y palabras. Se atiborra la gente, no hay por dónde pasar, se escuchan a los lados los rumores que susurran que los muchachos y muchachas de la Primera Línea “se están preparando”. Más adelante se ven los primeros cascos y escudos de reciclaje. Mientras esto ocurre con cierto halo de misterio, un grupo de cinco personas vestidos con múltiples colores y arreglos en sus cabezas, cargan un letrero que explota: “Marica sí y aquí estoy. Me duele mi país”. Por el lado, pasan las familias con sus niños buscando una salida para estar un poco más afuera. En los bordes de la calle, se reúnen grupos de personas a conversar, fumar, terminar carteles, cantar o bailar. Las arengas llenan el lugar. Va cayendo

la tarde y se preparan los antimotines por las entradas de Los Héroes. Se comienza a sentir un ambiente de cierta tensión ritualizada. (Saade, Diario de campo, mayo 2021).

El país que reivindica sus formas de vida, sus sentidos y lógicas culturales, se manifiesta también en el paro de paros. Exploramos brevemente su participación con el enunciado anticolonial que impone figuras y momifica los relatos de la historia, y con distintos actos que van narrando cómo caen estatuas y se proponen otros referentes en Colombia, en medio de disputas por el valor consagrado en el patrimonio. A este tipo de manifestaciones en distintas localidades de la capital se articuló también la presencia de la minga indígena proveniente del Cauca. Las luchas de los pueblos y comunidades étnicas interpelan los centros urbanos, llegan a Cali, a Popayán o a Cartagena, y su sola presencia respaldada en los bastones de mando y los guardias que los acompañan, desatan los racismos aferrados y temores que se expresan iracundos frente a su paso.

En las distintas zonas del país, las localidades, las ciudades y los municipios se apellidaron “antiuribistas”. Ciudades del eje cafetero así lo hicieron con el “Pereira antiuribista”, por ejemplo. Con el siguiente enunciado el Grupo Juvenil de Puerto Gaitán registró: “Hoy se realizó una gran pintatón, donde dejamos el mensaje “PUERTO GAITAN ANTIURIBISTA. Ya estamos cansados de que el uribismo tenga el poder, ya no podemos seguir así, es el momento de despertar y apoyar a las nuevas generaciones, a esos jóvenes que quieren un verdadero cambio para el país. Cuando muere el miedo nace la libertad” (2021; Risaralda Humana, 2021). En Puerto Boyacá, durante el mes de mayo de 2021, al tiempo que se quitaba la valla en apoyo a Uribe Vélez, se pintaba en sus calles: “Puerto Boyacá antiuribista”. Hay que recordar que durante muchos años y hasta hace poco tiempo en su entrada se erigía una valla que con soberbia resaltaba: “Puerto Boyacá la capital antisubversiva de Colom-

bia” (entrevista líder juvenil, mayo 2021). Estos enunciados muestran un momento de erosión de un régimen político al que muchas de las expresiones del Paro señalaron como autoritario y proclive a la violencia, al tiempo que señalan la necesidad expresada por algunos de que el Paro se convirtiera en impulsor de un proceso de transición hacia un estado social de derecho que ha dejado de existir durante décadas. Esta tensión se expresó también en la suerte de batalla que se libró al pintar los puentes durante el día y borrarlo en las noches, lo cual ocurrió en ciudades como Cúcuta (entrevista con líder de la ciudad, julio 2021).

**Figuras 15, 16 y 17. Imágenes tomadas de las redes sociales en las que se registra la posición antiuribista de los manifestantes de distintas ciudades.**



Lo descrito en la relación de lo común con lo público, en los repertorios del Paro situado en las distintas configuraciones regionales, insinúa el “acontecimiento” que se puede provocar en la tríada paro-paz-pandemia, desde el “enardecimiento” que suscitó este ciclo de lucha.

## Vidas campesinas y derecho a la ciudad

En las distintas escalas y ritmos de las luchas y movilizaciones del Paro, queremos destacar dos expresiones más que pueden comprenderse como trazas y disputas en común: la vida campesina y el derecho a la ciudad como formas de reivindicación. Como ya lo hemos señalado, asumimos la noción de vida campesina más allá de los límites impuestos por el neoliberalismo multicultural en su versión estatizada en Colombia. La vida en el campo, centro de luchas que han buscado el reconocimiento del sujeto campesino (Guiza et al., 2020), es expresión de las formas en que las relaciones territoriales, culturales, políticas y económicas se sitúan en la vida en sociedad para habitar, trabajar, crear y hacer, desde lógicas que expresan las particularidades de la relación con la tierra, el trabajo agropecuario, el del pescador, el del minero y el uso de bienes comunes como aguas y bosques (Saade, 2020). En ese sentido hablamos de vidas campesinas afro, indígena, veredales, vecinales, y las distintas formas interculturales y de entreveres que se dan en configuraciones regionales desde las movilizaciones regionales de los noventa del siglo xx, pasando por las del 2000, la Minga Social y Comunitaria de 2008 y 2009, las expresiones de la Marcha Patriótica y las dinámicas del Paro Agrario. Todas ellas se sintetizaron, problematizaron y conflictuaron en el paro de paros.

Por su parte, la noción de derecho a la ciudad, que expresa también la relación diferencial entre formaciones urbanas y sus situaciones, posiciones y condiciones regionales, tomó también protagonismo en el paro de paros, recuperando espacialidades, ampliando los sentidos públicos desde lo común-comunitario, convirtiendo la trama urbana en el pliego, el manto de las reivindicaciones, el mural, el ágora. El Paro mostró en dónde se juega la participación como ejercicio, más allá que el solo enunciado del derecho a educación, salud, trabajo, en contraste con formas de normar la movilidad, la seguridad, la competitividad. Estos confluyen en cierta continuidad desde la suerte de relato mítico

del paro del 77, al que se recurre una y otra vez como el paradigma a repetir o trascender. Los paros cívicos de contextos urbanos como Buenaventura, Quibdó o más allá, como remembranza del de Cúcuta, Ciudad Bolívar en Bogotá o movilizaciones urbanas por la educación como la organizada por la MANE, o la relación empática de los cacerolazos urbanos que vistieron sus cuerpos con ruana y costal en solidaridad con el Paro Agrario del 2013, nos hablan de esto, al igual que lo hacen las dinámicas de procesos locales y barriales. Es posible advertir cómo en el Paro Nacional todas ellas lograron establecerse como narrativas y propuestas de vida urbana, con un giro distinguible que ya se posiciona de cara al campo y a sus dinámicas.

### **Afectos y razones generacionales en común**

La relación vida campesina y derecho a la ciudad destaca también reivindicaciones relacionadas con ecosistemas para la vida, la feminización de la política, las soberanías y autonomías. A la diversidad de formas de vivir asociadas con vidas campesinas y urbanas, que pusieron su articulación en la agenda del paro de paros, se unieron las generaciones más jóvenes, las cuales fueron respaldadas y acompañadas por sus madres, sus padres, abuelos y demás familiares, quienes sintieron y expresaron sus dolores y frustraciones generacionales con aquel “hay que respaldar porque nosotros no pudimos”, que se escuchaba entre las movilizaciones.

Parte de los repertorios de protesta están ligados al modelo económico y a las economías políticas que se despliegan por el país. En estas tensiones se comprenden las luchas de generaciones de jóvenes. Siguiendo nuestro hilo queremos resaltar una paradoja relacional. Están los jóvenes que intentaron o lograron de distintas maneras estudiar con la promesa del “éxito” y del “progreso”: una vez concluido el ciclo escolar, universitario, técnico o tecnológico, “serás recompensado”. Una promesa que ha sido una y otra vez incumplida desde hace por lo

menos treinta años, cuando se dispusieron leyes para desarrollar lo que en la parte garantista de la Constitución de 1991 se enunciaba como un “derecho”, pero que en los artículos de ley resultan ser más bien “servicios posibles” a los que se accede de forma limitada, dependiendo de recursos económicos o de la capacidad de endeude. Al final, el incumplimiento frente a las políticas que hacían frente a la desigualdad se han convertido en aumento de situaciones precarias: un precariado profesional, desempleado, subempleado, informalizado, con el cual se generan formas renovadas de insatisfacción general, percepciones y experiencias compartidas de tiempo perdido y reducción de horizonte.

Por otra parte, están los jóvenes y las generaciones que por esos mismos años asumieron otra promesa: la de los patrones de la mafia en sus esferas y escalas distintas, animados una y otra vez con aquellas expresiones convincentes en su momento y que hemos recogido en distintas ciudades del país: “Venga y trabaja conmigo, nos ayuda en vueltas y así consigue la casa, la moto, la cadena, lo de la salud de su mamá, o para tener para que sus hermanos se eduquen” (Saade, Diario de campo Cali, Bogotá, Pasto, Cúcuta, Puerto Colombia). En medio de la ensoñación por lograr algún tipo de prestigio, lo que se produjo fueron muertes tempranas, las del “no futuro”. Pero a pesar de esto, las promesas y sus dinámicas concomitantes se renovaban una y otra vez, como lo hemos registrado en distintos puntos de movilización en el suroccidente del país.

Estas promesas se han diluido en la última década, cuando las transformaciones en la economía política del narcotráfico generaron una situación en los barrios donde proliferan bandas-oficinas y demás actores del circuito urbano del narcotráfico, en una lucha sin cuartel por migas, sin la promesa ni la protección u otra posibilidad. Estas dos promesas incumplidas, la neoliberal y la de la guerra de las drogas y su

economía política, desembocaron en miles de jóvenes movilizándose, resistiéndose, politizando veredas y barrios, no en el marco y estructura de partidos y movimientos sociales, sino desde las formas propias de comprender la capacidad de hacer cosas, de habitar espacios, de crear sentidos de vida y de activar economías locales.

## **A manera de conclusión**

Hemos hecho un recorrido por algunos argumentos que buscan deletrear cómo el carácter político del paro, como ciclo de protesta, está en la disputa y no en la organicidad de las luchas. Esta conclusión está relacionada también con la contundencia de un clamor social que sitúa la orientación de la democracia nacional en términos de la necesidad de profundizar la diversidad como gramática de la vida política del país, y que se posiciona frente al autoritarismo concretado en la negativa y postergación de la paz, en la insistencia en devolvernos a la guerra y en la continuidad de asesinatos de líderes y lideresas, que se expresan en lo concreto como manifiesto común antiuribista.

El paro de paros enseña cómo la sociedad colombiana parece haber criado las piezas para exigir la paz como destino; la legitimidad pública de los disensos en garantía de la democracia; la diversidad paradójica de pensamientos, posicionamientos y formas de vida como gramática de vida pública; la alegría y creatividad que se reconocen colectivas como antídotos de la competencia y el miedo.

Estos propósitos son claves para producir lo común, no como un *a priori* o como algo anterior a las acciones colectivas, sino como posibilidad de construcción a partir de la pluralidad. En tal sentido, lo común se traza como potencia en la sociedad, en medio de sus tensiones y contradicciones, para restablecer democracia y generar líneas de transformación.

## Referencias

- Alternativa Puerto Gaitán. (7 de mayo de 2021). ¡Puerto Gaitán anti-uribista!. Facebook. <https://www.facebook.com/104801505109570/posts/106880821568305>/Video del 3 de mayo.
- Arendt, Hannah. (2021). *La pluralidad del mundo*. Taurus.
- Benavides, Carlos Alberto. (2015). *Configuraciones regionales y luchas sociales en Colombia* [Tesis doctoral. Universidad Autónoma Metropolitana. México].
- Benavides, Carlos y Attanasova, Donka. (2020). Paro, paz y pandemia en Colombia. En Breno Bringel y Geoffrey Ipleyers (Eds.), *Alerta global. Políticas, movimientos sociales y futuros en disputa en tiempos de pandemia* (pp. 289-301). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Comunicaciones Unión de Resistencias de Cali. (13 de agosto de 2021). *Barrio Adentro: la transformación de los barrios de Cali tras el paro nacional*. <https://www.las2orillas.co/barrio-adentro-la-transformacion-de-los-barrios-de-cali-tras-el-paro-nacional/>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (29 de abril de 2021a) *Pobreza y desigualdad*. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/pobreza-y-condiciones-de-vida/pobreza-monetaria>
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (30 de julio de 2021b). *Comunicado de prensa. Informe de seguimiento – Defunciones por COVID-19 (confirmados y sospechosos), neumonía e influenza. Marzo 2 de 2020 a julio 11 de 2021*. <https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/poblacion/defunciones-covid19/comunicado-defunciones-covid-2020-02mar-2021-11jul.pdf>
- El Espectador. (12 de julio de 2021). La Unión de Resistencias de Cali avanza en su consolidación como movimiento. *El Espectador*. <https://www.elspectador.com/colombia/cali/la-union-de-resistencias-de-cali-avanza-en-su-consolidacion-como-movimiento/>
- El Tiempo. (18 de mayo de 2021). Pobreza. El azote que crece con la Pandemia. *El Tiempo*. <https://www.eltiempo.com/economia/pobreza-y-crisis-en-colombia-durante-pandemia-covid-19-588463>

- García Canclini, Néstor. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Gedisa.
- Guiza, Diana; Bautista, Ana Jimena; Malagón, Ana María y Uprimny, Rodrigo. (2020). *La constitución del campesinado. Luchas por el reconocimiento y redistribución en el campo jurídico*. DeJusticia.
- HJCK. (3 de mayo de 2021). *Edson Velandia marca el ritmo del paro*. <https://hjck.com/actualidad/edson-velandia-marca-el-ritmo-del-paro/>
- Helfrich, Silke y Bollier, David. (2020). *Libres, dignos, vivos. El poder de los comunes*. Siglo del Hombre Editores.
- Infobae. (18 de agosto de 2021). *La Muchacha, recordada por sus canciones durante el paro nacional, se presentará en el teatro Jorge Eliécer Gaitán*. <https://www.infobae.com/america/colombia/2021/08/12/la-muchacha-recordada-por-sus-canciones-de-protesta-durante-el-paro-nacional-se-presentara-en-el-teatro-jorge-eliecer-gaitan/>
- Ingold, Tim. (2018). *La vida de las líneas*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Los Pum. (12 de mayo de 2021). *Resistencia* [Archivo de video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=hgVAEExH8yQ>
- Risaralda Humana. (3 de mayo de 2021). *Pereira antiuribista* [Archivo de video]. [https://www.facebook.com/watch/live/?v=463325021410194&ref=watch\\_permalink](https://www.facebook.com/watch/live/?v=463325021410194&ref=watch_permalink)
- Saade, Marta (Ed.). (2020). *Conceptualización del campesinado en Colombia. Documento técnico para su definición, caracterización y medición*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Saade, Marta. (2021). *Cuando caen las estatuas: acciones públicas para hacer historia*. <https://www.las2orillas.co/cuando-caen-las-estatuas-acciones-publicas-para-hacer-historia/>
- Semana. (31 de julio de 2021) *Coronavirus en Colombia: casi todas las muertes en pandemia se dan en estratos 1, 2 y 3*. *Semana*. <https://www.semana.com/coronavirus/articulo/coronavirus-en-colombia-casi-todas-las-muertes-en-pandemia-se-dan-en-estratos-1-2-y-3/202139/>

Tarrow, Sidney. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Editorial.

Universidad de El Rosario, *El Tiempo y Cifras y Conceptos*. (2021). *Tercera medición de la Gran Encuesta Nacional sobre Jóvenes. Primera fase: Panorama nacional*. [https://www.urosario.edu.co/Periodico-NovaEtVetera/Documentos/079-21-Presentacion-de-resultados-finales\\_V6/](https://www.urosario.edu.co/Periodico-NovaEtVetera/Documentos/079-21-Presentacion-de-resultados-finales_V6/)

Žižek, Slavoj. (2018). *Acontecimiento*. Sexto Piso.